

LA REALIDAD DE AYALA

Fernando R. Lafuente / ABCD las artes y las letras

29 de marzo de 2008

Crear una revista es un gesto de intensa curiosidad intelectual. Abrir el espacio del conocimiento y del sentimiento a otras firmas, otros asuntos, otros problemas, nuevos interrogantes, inciertas geografías y aventuras de la sabiduría hasta ese momento inexploradas. No otra cosa hizo Francisco Ayala con Luzuriaga en la Argentina de los años cuarenta del pasado siglo al fundar la revista Realidad (1947-1949).

Fue, o era, un tiempo de cuando el esplendor, el poder y la gloria de ese tipo de publicaciones periódicas; tiempo de nuevas convulsiones políticas y sociales y de extraños horizontes de grandeza artística e intelectual. Todo quedaría ahí reflejado. Recorrer hoy sus páginas es algo así como un viaje a la mejor memoria de la cultura en español de la primera mitad del siglo XX, y provoca un deslumbramiento contagioso, una recuperación feliz, por contraste con los raros tiempos presentes. Lectores, influencias, colaboradores, presencias, tiempo, todo se ha perturbado.

Rito de paso. Aquellos fueron los días en que ese diverso y variopinto club de publicaciones, surgidas al albur de unos anhelos sin límites estéticos, constituyeron el referente esencial, el rito de paso, la puerta que mostraba el más amplio mapa del conocimiento; la puerta que destapaba los ocultos secretos de la creación y que informaba, con celo y sentido crítico, de lo que ocurría aquí, allí y más allá. Ayala, que nunca apareció como director, pero que se encargó, a la manera de Fernando Vela en la Revista de Occidente, de la puesta en página y de dirigirla, desde un generoso segundo plano, concentró el interés del presente (además del histórico y literario) en interpretar la rara realidad surgida tras la Segunda Guerra Mundial, y desvelar los temas, y los enigmas, de nuestro tiempo en la mejor y más concienzuda estirpe orteguiana. Realidad era, fue, una revista de hechos e ideas; realidad que narra los hechos; ideas que cuentan la suma que resulta del pensamiento y lo ideal.

Un lujo no sólo para la incipiente, entonces, literatura en español, sino para algo con más alcance, la posibilidad de expresar los enigmas contemporáneos en español. La calidad de los enfoques, la nómina de colaboradores: Sartre, Heidegger, Toynbee, Eliot, Spender, Bataillon, Russell, Confort, Levin, junto a los de lengua española, Borges, Mallea, Sábato, Cortázar, Pezzoni, Murena, Walsh, Reyes, Piñera y los españoles Corpus Barga, Guillermo de Torre, Espina, Ferrater Mora, Salinas, Casaldueiro, Guillén, Juan Ramón, Serrano Poncela, Chacel, Sánchez Albornoz, Rey Pastor, Prados Arrate, Américo Castro, configura un catálogo, el adn de una revista, sin duda extraordinario.

Guía en la sombra. Comprender la nueva realidad de una sociedad incierta envuelta en un laberinto sin fin que marcaba, no podía ser de otra manera, la crisis de la modernidad. Basta con el texto de Ayala en el primer número de la publicación, «Testimonio de la Nada», para advertir el rigor, la seriedad, la serenidad, la cautela y la inteligencia de tal publicación. Realidad, de verdad. Ante la que se debe enfrentar la sociedad surgida del formidable desastre humano que ha significado la Guerra Mundial. Y en el centro de ese laberinto, la revista como elemento vertebral, orientador, crítico, como guía en la sombra austral, como faro de referencia y antena que recoge y filtra y cuenta todo cuanto ocurre.

Son fragmentos de un tiempo que el propio tiempo hace intemporales, o en la idea de las calas en un tiempo, «como una piedra en un estanque», la revista «debe crear círculos concéntricos, cada vez de mayor divulgación». El mexicano Alfonso Reyes lo describiría así: «las revistas, esas nebulosas cargadas y finas, que llenan los intersticios entre los libros.» Las revistas, esta Realidad de Francisco Ayala y su apabullante nómina de colaboradores, se configuran como laboratorios en el largo tiempo, pruebas, encajes, actitudes, caracteres, comportamientos; encuentran porque no buscan; son territorios de hallazgos inmediatos, seleccionan, depuran, y como señaló Guillermo Sheridan, la revista «previene y predice y, si atina, prevalece.» Son revistas que dependen de un autor, de un grupo, de una conspiración, de un juego; todas son intransferibles. Esta lo fue, y hoy se presenta como un conjunto de fragmentos intemporales, o a la manera de T. S. Eliot, como un exquisito «simultaneus order».

Ayala vislumbra, a través de la revista, la topografía posible de la cultura en la nueva sociedad de masas. Sabe que lo que no sale en los nuevos y poderosos medios de comunicación no

existe, que la cultura democrática, la vida pública, requiere una presencia constante en los asuntos de cada día, que la opinión pública se forja en los medios y que, por lo tanto, el asalto a los medios se hace impercedero, urgente.

Esmero y sabiduría. Los medios son piezas muy delicadas que en manos de desaprensivos pueden ocasionar estropicios monumentales en la convivencia ciudadana. Es urgente, por ello, que sean los intelectuales -ese pintoresco grupo surgido en Francia a finales del siglo XIX y que en España tiene una recepción asombrosa- quienes se pongan al frente de la opinión, la moderen y la modelen.

El volumen se abre con una inteligente y precisa introducción de Luis García Montero. Un lujo este facsímil editado gracias a la sensibilidad de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, junto a la Fundación Francisco Ayala y la espléndida labor recuperadora de la editorial Renacimiento, porque permite reconstruir una época oscura en la luminosidad insoslayable de unas páginas escritas con esmero, honradez, sabiduría y gracia.